

LIBROS

Octavio Paz: Viaje alrededor de sí mismo

La obra de Octavio Paz se nos muestra como un todo recurrente. Cada texto fragmentario, sea ensayo o creación, entra en correlación de sentidos con el resto, con cada elemento más, con la totalidad. Toda su obra viene concebida, y aparece de hecho como un sistema de correspondencias. Y por si esto que salta a la vista del lector no bastara, y para agudizar la unidad finalmente obsesiva, se ve cruzada por temas constantes, «leit-motivs» que se repiten, preocupaciones que vuelven una y otra vez, hasta configurar, por pura machaconería y convencimiento, toda una forma de ver el mundo y la literatura, toda una personalidad singular que se enfrenta con escritos propios y ajenos, y que, inexorablemente, los juzga. En el monumento unitario de la obra de Paz descubrimos las huellas de un surrealismo confesado —al que falta, excepto en algunos poemas mayores y ciertas apologías, el encandilamiento apasionado de los hombres de Breton, y al que sobra, avatares del magisterio poético, cierto tono doctrinal que persigue el razonamiento que acaba con el desenfado mágico que caracterizó, hasta en los momentos más «serios», el marchar de su escuela. Encontramos las también confesadas aficiones —más que afinidades— con las corrientes ocultas y mágicas, con los aires festivos de la mejor literatura erótica y clandestina. Y tropezamos,

por fin, con la locura, una locura racional y vista, esta vez, «a la distancia focal de». Porque el surrealismo de Octavio Paz se entrecruza con otra suerte de nihilismo, desemboca en despasionamiento matemático, infinitamente más bebido de las fuentes doloridas de Borges. Paz cambia el talante surrealista por la paciencia alquímica... y entonces, en vez de leer las prosas increíbles poemas de «Aguila o sol», tenemos los libros que nos ocupan hoy, libros racionales y sobre el razonamiento, reflexivos, sobre sí mismos y todo lo mortal: **Los hijos del Limo** (1) y **El mono gramático** (2).

Los hijos del Limo es un análisis que pretende ser exhaustivo, de ese fenómeno inquietante que es la poesía mo-

derna. Rondando la metafísica, el razonamiento de Paz busca las constantes en lo que aparecen como cambios, penetra y persigue los sentidos últimos de esos dos vertientes de su análisis que son poesía y modernidad. La primera, desde el romanticismo, será la verdadera comprensión íntima del mundo, la «religión secreta de nuestros días», escindida por la apuesta doble y doble tentación: entre la religión y la revolución. En conversación constante —puntualiza Octavio Paz— «con y contra las revoluciones». A la busca de los ritmos secretos del universo, de la revelación de las cosas en sí —valga la extrapolación—. La segunda, la modernidad, como instauración de esa carrera de locos, de esa nueva tradición que es la ruptura de la tradición. Ruptura en la que cabe el rescate de lo exótico, de las tradiciones malditas, de las escuelas libertinas, textos

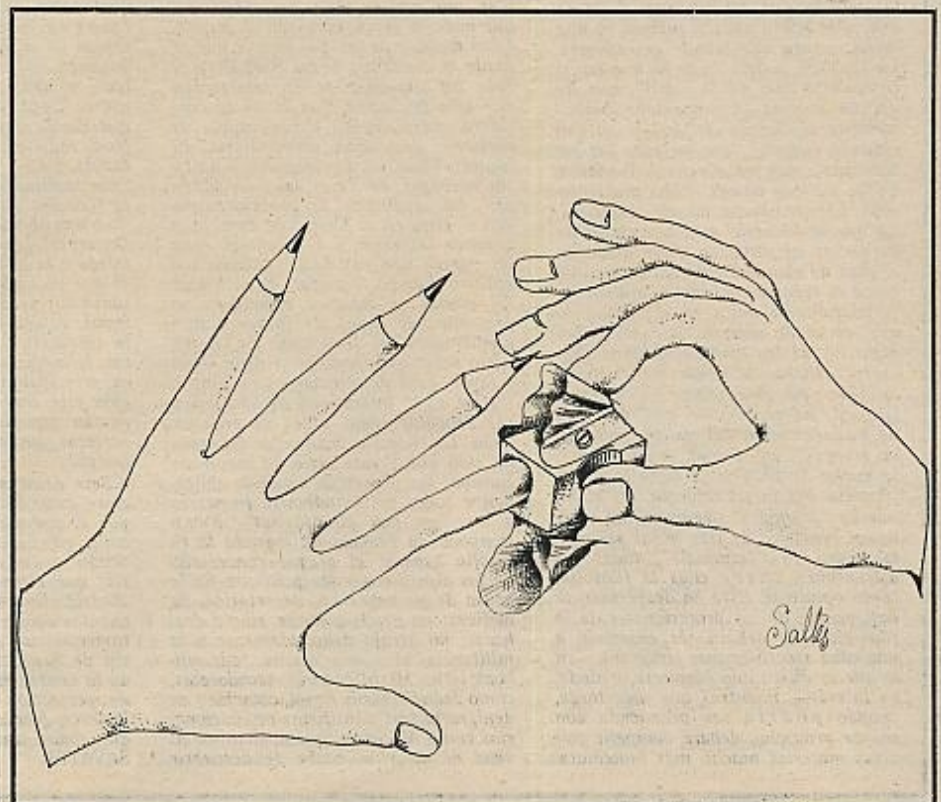
ocultistas, mundos de magia y brujería. La instauración, en suma, de la heterodoxia como tradición.

Mientras, subyaciendo en la preocupación íntima del hombre de todas las edades, la conciencia de la existencia de los contrarios, el exorcismo del tiempo, el enfrentamiento entre los pares monstruosos y contradictorios: muerte (irremediable) y yo, vida y tiempo, ser y cambio. «Todas las ideologías modernas —dice Paz— han tratado de salvar la contradicción y sólo la poesía lo ha conseguido». Y en lo primero se equivoca Octavio Paz: efectivamente, los temas se enlazan en el tiempo, y las preocupaciones humanas parecen repetirse a la vista de nuestra lectura actual. «Pero cada ideología —como aseguraba Althusser— supone un cambio esencial, precisamente, en la problemática, en el ámbito de los problemas que se propone resolver». La dialéctica —por poner el

ejemplo que pone Paz—, la filosofía marxista, centra su problemática en los mundos del conocimiento y la transformación de la realidad, y no trata de explicar el paso del tiempo, o contestar a la noción cristiana de eternidad: simplemente, lo saca de su horizonte problemático, lo sitúa como un mito histórico lo «quita de su cabeza» y deja al hombre en la necesaria soledad de los «insolubilia», a la espera de una cultura nueva que le permita la deseada conformidad con el tiempo y la naturaleza. Conformidad maldita y difícil, que, y esta vez sí que tiene razón Octavio Paz, la poesía localiza en toda su crudeza dolorida: por un lado, en el rítmico caminar del mundo y la materia, donde los objetos son metáforas de otros, donde las cosas establecen constante y muda conversación. Por otro, en la conciencia solitaria del hombre respecto a su propia muerte, respecto a una finitud sin

salida. Al descubrimiento de lo primero llama Paz «analogía». A la muestra del segundo, «ironía». Analogía e ironía son las dos vertientes de la poesía moderna, la explicación de su revuelta, de los tonos desesperados de sus textos, de su vocación de ruptura, de su lucha, abierta y sin cuartel, contra la moral occidental y cristiana. Son, además, la llave que abre la recuperación de tanto «heterodoxo», desde el Sade, mil veces bendecido, hasta los textos del Rosacruz. Y explican, en la lección magistral de Octavio Paz, sobre el campo virgen del ritmo poético, los cambios que romanticismo, modernismo, simbolismo y poesía vanguardista infligieron a esa unidad estructural del poema que es el verso.

Analogía e ironía se hacen funcionales en **El mono gramático**, el otro libro de Octavio Paz que comentamos hoy. Dos líneas textuales, dos caminos, van a converger en la única lectura del libro de Paz: el primero, el largo camino al templo de Galta que el poeta recorre de la mano de su Virgilio heterodoxo, «Esplendor», la mujer bella y mágica de la cábala, divisible —pues es mágica— entre las nueve circunstancias y los nueve deseos, que recupera su unidad y su belleza rotunda y conduce al poeta por las sendas del infierno de la sabiduría: de su mano conocerá los frutos del árbol del bien y del mal, conocerá a Hanuman, el mono viajero y poeta de los Balmik —que el autor emparenta con Valmiki el sabio—, conocerá el consuelo del vacío, de la mano del eterno retorno cruel de la pobreza y del vacío místico del Nirvana. El segundo camino lo hace el poeta sin abandonar su cuarto de Cambridge, a la vera de la simbólica ventana por donde ve



el jardín, por donde la realidad de los pequeños objetos (una masa destartada, un cubo de basura) se manifiesta en escalofriante visión. Un tercer elemento, aparentemente casual y adornístico, confluye en el sentido del texto: es éste la fotografía, la reproducción de figuras, y cuadros, y personas, aquietadas, definitivamente paradas en la estación del papel «couché». Todo ello, deteniendo el tiempo y convirtiendo el texto en un sujeto opaco, comunicante sólo hasta cierta hora, que ve diluirse el sentido que encontrara, en una comunicación perennemente puesta en entredicho. Efectivamente, el texto, gracias a la ley poética de las analogías, es un doble del mundo, en el que sólo incide de manera analógica, es decir, metafórica. Y eso, pese a la búsqueda que Octavio Paz establece y persigue, la caza del sentido que va más allá del texto para intentar entrar en el mundo de las cosas. Un mundo, que, como la misma experiencia poética, se nos muestra inaccesible. Sólo en algunos instantes benditos —como supieron bien los surrealistas— las cosas se revelan, aparecen ante nosotros descontaminadas de las palabras. Sólo que «no podemos ver sin peligro de enloquecer: las cosas nos revelan, sin revelar nada y por su simple estar ahí, frente a nosotros, el vacío de los hombres, la falta de medida del mundo, su mudez esencial».

Por eso, y desde este libro que es reflexión sobre sí mismo y el lenguaje, y el hecho poético, «el poeta no es el que nombra las cosas, sino el que disuelve los nombres, el que descubre que las cosas no tienen nombre y que los nombres con que las llamamos no es el suyo». El quehacer deseado del

poeta es, pues, «no pensar, ver: hacer del lenguaje una transparencia». Esperar esos momentos mágicos en que la realidad se revela, y luego, gracias al juego analógico, gracias al traslado imaginario de un objeto a otro, pese a la malhadada mediación de la palabra, mostrar la visión, que tiene mucho de mística. En *El mono gramático* esta visión va a encontrar una metáfora, precisamente, en el vacío hindú, y los dos caminos, el de devenir, orientar y resignado, y el pensamiento occidental e impenitente, van a jugar como metáforas mutuas en un texto que busca la unidad esencial.

Casi al final de su reflexión doble y andante, Octavio Paz recuerda su texto y piensa sobre él: efectivamente, no ha lle-

gado a ningún sitio. Meramente dio vueltas sobre sí, enredado en las imágenes falsas de un juego de espejos..., tal es la analogía: juego de mentiras que ayuda a nuestra comprensión metafórica de lo que ocurre en la realidad, en el mundo aislado y solitario de los objetos. Y si Paz se empeña en dejarnos constancia de la tortura que conocimiento y poesía conllevan es porque, como advirtió en *Los hijos del Limo*, la crítica es característica de la modernidad, y en poesía aparece como la constante reflexión del texto sobre sí mismo. Paz es, según sus mismas concepciones, un auténtico poeta moderno, y sus libros, toda su obra, un perpetuo y torturado viaje alrededor de sí mismo. ■

ROSA MARIA PEREDA.

Concepción Arenal y la iniciación de nuestro feminismo

«Nada hay que especifique claramente la situación —y levante la protesta débil— de la mujer española en la historia hasta Concepción Arenal», asegura Mauro Armijo en su polémico prólogo a una selección de trabajos arenalianos reunidos bajo el título de *La emancipación de la mujer en España* (1).

Armijo sitúa a Concepción Arenal en los comienzos de nuestro feminismo; aunque hoy sus muchos escritos digan bien poco. Un siglo

(1) Concepción Arenal, *La emancipación de la mujer en España*. Edición y prólogo de Mauro Armijo. Ediciones Júcar. Madrid, 1974.

después queda de ellos el valor testimonial, la muestra del permanente trabajo de la autora por arreglar una sociedad que dejaba mucho que desear. Ahora, «casi todas las soluciones por ella dadas a los diversos problemas han sido ya conquistadas por la sociedad». Bien es verdad que no pidió demasiado, al menos visto desde la óptica actual.

He aquí, por ejemplo, su opinión sobre la participación política de la mujer: «Tampoco quisiéramos para ella derechos políticos ni parte alguna activa en la política. Hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante de militante en la política; hay ahora, creemos que habrá siempre bastante en ella, de pasiones, de intereses, de intrigas, de luchas de mal género,

de ruido desacorde, de aceptar medios no siempre honrados e instrumentos y auxiliares no siempre puros, para que queramos ver a la mujer en ese campo de confusión, de mentira, y muchas veces de iniquidad» (2).

Contemporánea de la Institución Libre de Enseñanza, su relación con ella fue «más sentimental o afectiva que ideológica», aunque su progresismo reformista cuadraba bien en la búsqueda de esa «cierta reforma económica y social» que Elías Díaz ha señalado entre las caracterizaciones del krausismo hispánico (3).

(2) Concepción Arenal, *La mujer del porvenir*. Capítulo VIII: «¿Qué oficios y profesiones pueden ejercer las mujeres?».

(3) Elías Díaz, *La filosofía social del krausismo español*. Edicusa, 1973.

FRANCIA: EL INTERMINABLE ASESINATO DE LA FILOSOFIA

He seguido en *"Le Monde"* lo que el célebre rotativo francés ha decidido llamar —los titulares mandan— *"La batalla de la filosofía"*. Reconozco que el titular me llamó la atención: ¿qué batalla estaría perdiendo ahora la filosofía? Porque, no me cupo duda de que, si la pobre andaba metida en una lucha, seguro que ésta le era adversa. La filosofía podría decir lo que aquel compañero mío de la "mill", que de vez en cuando se enfrentaba belicosamente a alguien gritándole: "¡Ten cuidado conmigo, que yo para las peleas tengo muy mala leche!". Y añadía, en un sigiloso aparte: "Las pierdo todas". Efectivamente, no me equivoqué. Lo que la filosofía está a punto de perder es su situación privilegiada en el plan de estudios francés, que, como quizá se sepa, le concedía una atención verdaderamente única en el mundo, lo que constituía uno de los orgullos humanistas de los compatriotas de Descartes. Ahora, el señor René Haby, ministro de Educación del inesfable Giscard, ha presentado un "proyecto de modernización del sistema educativo francés", en el cual, según parece, la mayor lanzada se la lleva la pobre filosofía. Según tal reforma, los alumnos de "première" seguirán una enseñanza filosófica de tres horas semanales, pero en "terminale", todas las asignaturas, entre ellas la filosofía, serán optativas. Esto ha despertado la indignación de los profesionales de la filosofía, que deberá ser enseñada a una edad excesivamente temprana —en la que es difícil que despierte verdadero interés—, mientras que más tarde, cuando podría ser practicada con mayor provecho, deberá competir con otras materias mucho más inmediata-

mente útiles, tecnocráticamente productivas a corto plazo. ¿Qué alumno —dicen los profesores de filosofía— postergará su reforzamiento en matemáticas, biología o informática, que han de serle inmediatamente rentables, por revivir unas especulaciones que nada le proporcionarán al pronto, salvo duda, y de las que no oye hablar desde el comienzo de su Bachillerato? Sólo los especialistas se interesarán por esta disciplina, que antes se consideró complemento indispensable de cualquier educación universitaria. El filósofo Vladimir Jankélévitch habla sin ambages de "asesinato de filosofía", los sindicatos de profesores ponen el grito en el Eliseo; en cambio, a Maurice Duverger y a Raymond Aron les parece una medida adecuada a nuestro tiempo. Incapaz de entender los planes de estudios españoles, no pretendo ser capaz de juzgar convenientemente los franceses; pero me basta saber que Duverger y Aron están a favor, para pronunciar me en contra. ¿Qué es lo interesante de este asunto? Probablemente, a fin de cuentas, nada. La filosofía académica francesa ha sido quizá, este siglo, la mejor de Europa; los planes de estudios obligaban a todos los estudiantes franceses a ser "un peu philosophes". Pero tampoco en Francia ha logrado la filosofía superar el ataque concertado de los científicos y los políticos. Se le acusa de vaporosa, de retórica, de ineficaz: no ayuda a hacer, sino a deshacer; no arroja denodadamente a la militancia, sino que maizita toda afiliación. Mixtificadores tecnócratas, como Jean-François Revel, coinciden en denigrarla con científicos revolucionarios como Althusser, quien, siempre en vena de aciertos, acaba de descubrir

"la filosofía inconsciente de los científicos". Los que intentaron salvar a la filosofía haciéndola pasar por científica, al aceptar implícitamente que si no lo era no merecía atención, aceleraron decisivamente su decadencia. Por otra parte, es cierto que la beatífica imagen humanista que los filósofos tentan de sí mismos, instalados en un empleo cultural "au dessus de la mêlée", no satisfacía la exigencia radicalmente crítica de muchos que aún querían de algún modo ser "filósofos". Nada más lógico que los planes de estudios, cada a vez más "modernos" y "racionalizados", vayan desplazando a la filosofía. Se le da su oportunidad: será una opción entre otras. Como dice Duverger: ¿Acaso tienen los filósofos miedo a la libertad de elegir? Lo malo es que ya sabemos, se nos dice por todos los medios, qué es lo útil y lo inútil; es útil la ingeniería, el ejército, la cibernética, la informática, la política, la medicina, la política...; lo inútil es, principalmente, la filosofía. La elección está cantada: como diría Borges, ¿quién cambiaría la solidez de sus certezas por un pedacito de tiniebla griega?

Pero éstos son problemas franceses, claro está. Si alguien se intranquiliza por el porvenir académico de la filosofía en España, no tiene más que acudir a las oposiciones para adjuntar que estos días se realizan en Madrid. En el primer ejercicio, unas cuantas docenas de señoritas y señores tuvieron que disertar sobre la cuarta vía de Santo Tomás —"demostración de la existencia de Dios por los grados de perfección de lo existente"—. Lo hicieron francamente bien, de modo que todos tranquilos. ■ FERNANDO SAVATER.